

Feminismo

Por E. Armstrong

Lo primero, es señalar que para este autor el feminismo moderno es una ideología y no una corriente social; ha sido ampliamente utilizada por la izquierda como bandera de lucha aludiendo a situaciones de injusticia y delitos que se denuncian generalizando y presentándolos como si fueran actos masivos o frecuentes de los hombres en contra de las mujeres; lo cual es una falacia sostenida en un absurdo, ya que, en toda sociedad encontraremos una diversidad de aspectos que deben ser regulados por sus leyes. Sin embargo, el feminismo actual está lejos de representar a las mujeres, prueba de lo cual es que tampoco implica la filiación de un gran número de ellas, ya que, como veremos en este desarrollo, el mal llamado feminismo plantea una serie de medidas frontalmente opuestas a la familia, al matrimonio, atentan explícitamente contra la vida de los hijos validando el asesinato de sus propios hijos, además de mostrar a la mujer como a personas de segunda categoría y víctimas impedidas de alcanzar un pleno desarrollo personal, lo cual, al menos en la historia se desmiente, ya que hay abundantes ejemplos de mujeres destacadas por sus vidas y destacadas obras. Este es un punto central en el cual posiblemente no habrá acuerdo, ya que para la feminista destacar es un asunto sexual o de género, y la realidad demuestra que es algo muy diferente, un asunto de vidas y de obras, donde la sexualidad no tiene y no debiera tener relevancia; sostener lo contrario es rebajar las relaciones humanas a una animalidad inconsistente con la forma de vida que ha hecho crecer a nuestra civilización.

Si la historia humana y, especialmente la contemporánea, está llena de ejemplos de mujeres notables y destacadas, pretender lo contrario es contradecir la realidad. Por otro lado, asumir que podemos dividir a las personas arbitrariamente, para juzgar las conductas humanas en base a prejuicios y generalizaciones, es abiertamente un absurdo, pero que ha dado grandes beneficios, al menos en la política y los medios.

El ser humano es esencialmente sociable y ninguna comunidad nace de pautas de conducta disociativas o segregacionistas entre sus miembros: no hay hombres valiosos sin mujeres valiosas, y no pueden haber mujeres valiosas sin hombres valiosos. DE esto trata ser y vivir en sociedad. Además, todos los grupos humanos han debido sortear, antes o después, diversos obstáculos para progresar gradualmente con esfuerzo y superando errores para mejorar las condiciones de sus vidas. En todo proceso social habitualmente debemos enfrentar diversas formas de abusos, los cuales deben ser abolidos luego de importantes y costosos esfuerzos colectivos. Lo anterior es un proceso natural para sociedades donde las relaciones se establecen en base al uso del poder y no en base al amor, al cual habitualmente vemos como un agregado y no como a la esencia de lo que mueve las conductas humanas. En otras palabras, la sociedad tiende a normar en base a hechos ocurridos y no a prevenir lo que aún no la afecta; un procedimiento lamentable, pero realista globalmente, el cual ojalá a futuro pueda ser advertido y cambiado.

Los norteamericanos vislumbraban ya en los años 60 y 70 una tendencia que marcaba a los grupos mal llamados feministas de la época, a cuyos miembros llamaban las “Macho Woman”. Un grupo de mujeres que decían defender los derechos femeninos y a las mujeres pero que no eran pro femeninas, no eran pro familia, no eran pro vida, no deseaban progenie, no eran pro cultura y eran anti masculinidad y anti maternidad. Como otros autores lo señalaron luego en los 80, hablaban de una realidad social afectada por una supuesta “guerra de los géneros” en la cual estos grupos minoritarios excéntricos compuestos por una diversidad de intereses y causas para sus ocultos y múltiples resentimientos que las unen ante las metas anteriormente señaladas, buscando obtener ventajas en los ámbitos de seguridad legal, comercial, financieros, políticos o mediáticos a costa de difundir sistemáticamente su mensaje de odio generalizado y necesidad de compensación o revanchas, en contra de todo lo que represente a lo establecido, donde la familia encabeza su lista, luego el matrimonio, siguieron intentando eliminar la sexualidad responsable, condicionan el respeto por la vida ajena ya que esto es relativo a oportunidad y conveniencia en virtud de su libertad sobre su cuerpo, la cual les da derechos sobre cualquier vida que carguen en su vientre, la necesidad de prevenir y evitar el abuso en cualquiera de sus formas contra quien es más vulnerable no es tema para ellas, el abuso contra las ancianas y ancianos, o contra los niños, o contra los vulnerables de la sociedad, no es tema ya que solamente les preocupan las violaciones y abusos contra mujeres, por hombres -no hablan de los que

ocurren por causa de mujeres, tampoco de que los hijos son causa mayoritaria de conductas sexuales irresponsables y no de violaciones, tampoco les interesa detener la pornografía y erotismo de los medios como estimulantes de agresiones sexuales, tampoco ven como un problema en desnudarse en sus manifestaciones públicas o delante de menores de edad, etc.

Someterse a un movimiento así, sin Dios ni ley, puede ser integrar una campaña guiada por el oportunismo, la cual buscará obtener sus beneficios a cualquier costo, ya que las generalizaciones han demostrado no ser reales frente a la diversidad de conductas humanas en cualquier ámbito. No se trata de que estas personas feministas sean las responsables, ya que la impasividad masculina como de la inmensa mayoría de mujeres silenciosas, es lo que ha permitido el avance de una minoría; todos mantenemos una cuota de responsabilidad, pero en materias sociales la actitud pasiva es consentir. Al sumar su exhibicionismo público, la violencia actual desatada contra todos los hombres y contra las mujeres que no adhieren a su causa, al validar divulgar en los medios audiovisuales un erotismo sin control que denominan libre, expuesto ante toda edad, o el sistemático uso del descrédito institucional y religioso por medio de fuentes visuales difamatorias acerca de quienes representen algún valor social, político, o histórico, o lo que nuestra cultura aprecia como aporte al bienestar, no estamos enfrentado a una realidad que es diferente a lo que conocimos y que podría traer futuros cambios sociales cuyo costo parece que no se han dimensionado, como los siguientes:

- Una masculinización de la mujer conllevará cambios en las conductas, donde veremos en cada vez más mujeres aquello que antes era indeseado y propio de los hombres con problemas mentales. Esto será fuente de nuevos y mayores riesgos de abuso infantil y juvenil, donde ahora el protagonismo vendrá desde donde nadie lo espera.
- El abuso en sus múltiples formas se intensificará como resultado de una validación social entre las mujeres que acepten los postulados feministas como consecuencias de situaciones de género, lo cual no es así y numeralmente son de excepción. Respuestas reactivas, probables e insensatas ocurrirán donde jamás debieron expresarse, como por ejemplo en las escuelas y lugares de educación. Generalizar es un error social gravísimo, distorsión de la realidad que anima y valida actos estableciéndolos como frecuentes, esperables, normales o habituales, a los que nunca lo fueron. En otras palabras: si el abuso es una atrocidad de

excepción, pero lo muestro como generalización, se podría concluir que es natural o esperable la condición de abusador y la de víctima, lo cual es falso.

- La pérdida de diferenciación sexual para el comportamiento culturalmente esperado de los hombres y mujeres, dificultará u prolongará la búsqueda adolescente de identidad y facilitará hacer lícitas a las conductas exploratorias disociativas que probablemente serán consideradas naturales, esperables, sin costo mental ni consecuencia alguna.

- El oportunismo que establecen las discriminaciones generalizadas por género, implican formas diversas de injusticias que serán fuente de nuevos resentimientos cuyo desenlace no dará estabilidad social ni paz a quienes se vean afectados.

- La falacia de interpretar los hechos deleznablez ocurridos entre personas de diverso género, al verlos únicamente como una consecuencia de problemas originados en la diferencia sexual y no en la amplia gama de causales que la historia y ciencia demuestran, facilitará distorsiones sociales ante interpretaciones falsas, causando nuevos descuidos e imprudencias, como al elegir pareja adecuadamente, o con quien se comparte, o exponerse a lo que pudo evitarse, o tolerar comportamientos que ya acusaban tendencias retorcidas antes de profundizar en una relación afectiva o de amistad.

- Hacer creer a una mujer que es igual al hombre y que puede comportarse agresiva para tomar la delantera o satisfacer cualquier deseo, es perverso, ya que el hombre de verdad lo es también en la medida de su capacidad para autocontrolarse, como al expresar sus habilidades o fortalezas en función de proteger a los más débiles y no a la inversa. Alterar los roles sin prever sus consecuencias, creará nuevas formas de abuso donde los niños y niñas mas pequeñas serán las víctimas de nuevos comportamientos aprendidos en los medios públicos -como la TV y videos- que hoy son tolerados socialmente sin fiscalización, ni restricción moral ni de salud mental alguna.

- Alterar las conductas y las validaciones sociales en una realidad donde el descontrol reina, o donde la ausencia de padre y madre en la familia es lo habitual, o donde el respeto por lo ajeno no es tema de interés, o donde el compromiso en cualquiera de sus formas es visto como una limitación y no como una ayuda frente a lo que naturalmente podría afectarnos, conducirá a una sociedad individualista y hedonista. Para muchas personas el egoísmo

será el norte de sus cambiantes deseos y comportamientos inconsecuentes con los valores y principios sociales de quienes les precedieron.

- La vida misma trae consigo sus propias dificultades de las que nadie está exento, por eso mismo, al difundir pensamientos y hechos retorcidos por ideas parciales que hacen mas compleja la formación juvenil, conllevará dificultades que pueden facilitar cambios conductuales como adicionales temores y desconfianzas infundadas hacia adquirir compromisos y responsabilidades. En lo afectivo, harán ver la familia como el resultado de una apuesta, donde la suerte será su protagonista pero no el esfuerzo y perseverancia de la madre y el padre.

- La tesis feminista de la paridad numérica, que busca una presencia igual o mayor en la cantidad de mujeres presente en las empresas, la política o en todo tipo de organizaciones, es completamente discriminatoria y antidemocrática, además de un atentado a la libertad individual y a la norma social básica que nos hace a todos iguales ante la ley y el Estado. Es equivalente a discriminar por raza, color, clase social o ingresos, por origen, o edad, etc. Realmente no importa quienes o cuantos son seleccionados o electos, mientras sea un proceso libre, justo, democrático y en base a las capacidades individuales y no al género. Toda forma de discriminación injusta jamás será un aporte a la paz social y es inconstitucional en la mayoría de los países.

La identidad de la familia es inherente a la naturaleza humana, se ha construido tradicionalmente a lo largo de mla existencia humana a partir de su identidad esencial (no única) donde la base social se crea a partir del compromiso afectivo y completo entre un hombre y una mujer. Pretender que no es así, es ir contra la misma naturaleza. Las bases sociales requieren ser postulados esenciales, expresadas y aceptadas con sólidos fundamentos desarrollados a partir de la realidad natural y no de aquello que contradice nuestra naturaleza y la de las formas de vida que nos rodean. La familia natural es una y nace de la unión comprometida entre un hombre y una mujer; lo cual no excluye a otras formas de familia cuyos objetivos sean los mismos o similares, cuando son formas de establecer bases para una convivencia sustentada en los recíprocos apoyos comprometidos entre quienes la forman.

Los roles en la familia natural, formada por una hombre y una mujer, estando ambos comprometidos responsablemente por las consecuencias de esa unión, los establece la cultura y quienes forman la familia: ambos. Prescindir

o intentar imponer aquello que no es interno de la familia conducirá a mayores daños y obstáculos, antes que ayudar al esfuerzo de sus miembros. Pero así como el respeto por la voluntad de los miembros de una familia debe ser total, se espera lo mismo desde la familia o sus miembros hacia las diversas preferencias sociales o culturales. En otras palabras, los actos y manifestaciones en público, requieren de total prudencia y respeto por los demás; especialmente, considerando a quienes no necesariamente comparten una tendencia o preferencia, la cual puede causar sentimientos adversos al ser percibidos para unos como una agresión hacia la infancia - por ejemplo- y para otros una expresión de su libertad individual. La libertades individuales se terminan donde comienzan las ajenas, por lo que, en público, la ausencia de respeto mutuo puede ser considerada una forma de agresión inaceptable.

Las expresiones del poder mal llevado corrompe las confianzas que solamente el amor reconstruye, ante lo cual, cualquier forma de unión familiar o social ausente de amor, conlleva un desastre en potencia. Todo comportamiento que acepte al abuso en sus diversas manifestaciones -hacia quien es vulnerable- es inaceptable y debe ser previsto, en la medida de lo posible. Combatir aquellos medios que públicamente validan el abuso como un medio de expresión humano, al exprezarlo tácitamente como en la TV y los medios audio visuales que muestran al delito como un trabajo u opción de vida, o al menos como algo de ocurrencia frecuente al no señalar los mayores ejemplos positivos y constructivos, es una necesidad. Estamos vulnerando los derechos ajenos y dejando en el desamparo a la infancia, especialmente ante el avance de muestras de sexo y violencia, delitos y robos, drogas y alcohol, las cuales son perversiones que no forman parte de horarios de adultos, y se cree que con una simple advertencia de segundos sobre contenidos de riesgo, tienen el derecho de exponer a la juventud a lo que sus padres y madres jamás autorizarían. Y todo por dinero, pagado por auspiciadores a quienes no les preocupa la infancia ni su futuro, si no que vender un servicio o producto.

Como probablemente ya puede apreciarlo, estos asuntos de abuso mediático, todos sin fiscalización alguna, nunca se trataron de feminismo ni de machismo. Ya basta del abuso de palabras y frases que distorsionan la realidad, la cultura y nuestras tradiciones, mientras atentan contra lo más sagrado de los países y comunidades: sus familias.

Para seres civilizados, lo que se espera de ellos es la búsqueda de la igualdad, la equidad, la solidaridad, la comprensión y compasión mutua,

donde nadie se sienta con un derecho por sobre los demás. En estos aspectos ya señalados, no existe diferencia entre el niño y el anciano, la mujer del hombre, el profesional del trabajador, el estudiante de su profesor, entre la madre y el padre, etc. Cualquier forma de favoritismo, exclusión, preferencia o discriminación injusta, es simplemente otro abuso, cuyo impacto social horadará las bases sociales y culturales.